



PAZ Y BIEN

III Domingo de Cuaresma



8-III- 2026



"Dame de beber"

III Domingo de Cuaresma

8-III- 2026

Textos:

Ex.: 17, 1-7.

Rom.: 5, 1-2. 5-8.

Jn.: 4, 5-42.

"Dame de beber"

La Sagrada Escritura nos propone, en este III Domingo de Cuaresma, el tema de la vida eterna que está íntimamente relacionada con la vida temporal.

En la primera lectura la vida eterna se nos es presentada en figura, con el agua que hizo brotar Moisés de la roca en el desierto; en la segunda, con el apóstol Pablo que nos enseña como el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones; en la tercera con las palabras de Jesús: “...*el agua que Yo les daré se convertirá en él en manantial que brotará hasta la Vida eterna*”.

Así el agua, alternativamente vivificadora o temible, pero siempre purificadora, está íntimamente unida con la vida humana y con la historia del pueblo de Dios. Y el hombre por su naturaleza es un sediento, pero no solo de agua, y trata de saciar esa sed existencial con muchas cosas, cosas que no lo sacian, no le dejan lugar a Dios, lo dejan sediento y lo llevan a una “*desorientación vital*” (Ortega y Gasset: *El tema de nuestro tiempo*).

El hombre es un sediento de vida, de plenitud, en definitiva es un sediento de Dios.

Así como el pueblo judío caminaba en el desierto hacia la Tierra Prometida y sintió sed; nosotros constituidos Pueblo de Dios por el bautismo, caminamos por el desierto de la vida, hacia la Nueva Tierra Prometida, que es el Cielo. Sin Jesús la sed se hace insoportable, como insoportable fue la sed del Pueblo de Dios en el desierto. Cristo como un nuevo Moisés nos da el agua viva del amor de Dios. Pero más que un nuevo Moisés, Cristo es la roca de la que brota el agua viva; y así lo afirma

san Pablo refiriéndose al pueblo judío: “...bebían el agua de una roca espiritual que los acompañaba, y esa roca era Cristo” (I Cor. 10, 4).

Hermanos, nosotros, pecadores, somos sedientos de la gracia de Dios, de su amistad, de la vida eterna, y Jesús ha saciado, con su sed (“tengo sed” (Jn. 19, 28)), nuestra sed, haciendo manar del árbol de la Cruz, el agua de la Vida.

Pero también Dios se manifiesta como un ser “sediento”; así “la petición de Jesús a la samaritana: ‘Dame de beber’ (Jn. 4, 7), manifiesta que Jesús tiene sed de la fe de la samaritana, expresa la pasión de Dios por todos los hombres y quiere suscitar en nuestro corazón el deseo del don del ‘agua que brota hasta la vida eterna’ (V. 14): es el don del Espíritu Santo, que hace de los cristianos ‘adoradores verdaderos’ capaces de orar al Padre ‘en espíritu y en verdad’ (V. 23). Sólo esta agua puede apagar nuestra sed de bien, de verdad y de belleza. Sólo esta agua que nos da el Hijo, irriga los desiertos del alma inquieta e insatisfecha, ‘hasta que descanse en Dios’, nos dice san Agustín” (Benedicto XVI, en L’Oss. Rom. nº 9, 27. II. 2011).

Hermanos, cada día constatamos cómo el hombre sin Dios muere de sed y el mundo sin Dios se torna tierra yerma. El agua simboliza la fertilidad de la vida, la ausencia del agua en la vida de Yerma, refuerza su esterilidad (cfr. “Yerma”, de García Lorca).

En el encuentro de Jesús con la Samaritana, también se manifiesta cuando Él sale en busca del hombre, y lo coloca ante Dios. Se acerca a la debilidad humana, entra en su mundo. “Tienes razón – le dice a la samaritana -, al decir que no tienes marido, porque has tenido cinco y el que ahora tienes no es tu marido...” (vs. 16-18). El Señor se siente atraído por estas existencias rotas, y les da conciencia de su error, para luego sanarlas y liberarlas.

Este encuentro nos recuerda que “el misterio de la cercanía y de la lejanía de Dios se repite en la experiencia de cada uno. Pero cada uno es conciente de lo maravilloso que es todo cuando Él está cerca, y de lo terrible que resulta cuando está lejos” (R. Guardini: *Quien sabe de Dios conoce al hombre*).

Nuestro fin es Dios, por lo tanto debemos considerar auténtico bien para nosotros lo que nos lleva a nuestro fin, y auténticamente malo lo que nos impide alcanzarlo (cfr. s. Roberto Belarmino, *Elevación de la mente a Dios*).

Finalmente, lo que Jesús le ofrece a la Samaritana, y a nosotros, es el don de la vida, la vida que el Hijo de Dios nos ha venido a dar, que no se

reduce a la mera existencia en el tiempo. Lo que el Señor nos da es la vida, que desde siempre está “*en Él*” y es “*la luz de los hombres*” (Jn. 1, 4), consiste en ser engendrados por Dios y participar de la plenitud de su amor (cfr. Jn. 1, 12-13), (cfr. Evag. Nunt. 37).

Que el buen Dios no permita que olvidemos que somos portadores de su Espíritu y que aprendamos a gozar de la comunión con Él (cfr. San Irineo: *Contra las herejías*).

Amén.

G. in D.